

la pido que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en acción de gracias; y cuando el fuego estoviera bien encendido, el ángel se metió entre las llamas y desapareció. Murió y su mujer asombrada caen por tierra, el rostro contra el suelo, y él dice: Preparámonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen israelita; pero su mujer con mas razón le responde: ¡Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas! Lo mismo debe decirse á aquellas almas que por un movimiento natural se turban y se abatan.

Porque, señor, ¿quién os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿Lo tenía vuestra alma en aquel tiempo en que bebía los pecados como el agua? ¿Cuando os parecía que solo vos teníais razón? ¿Cuando disputábais con tanto orgullo contra las máximas del Evangelio? ¿Cuando, en fin, cerrábais los ojos con tanta obstinación á las mismas luces que hoy os descubren los errores y delitos de vuestra vida? ¿Quién pues os ha abierto los ojos? ¿Quién os ha dado estas luces? ¿Erais mejor? ¿Veáis mas cuando no los teníais? ¡Y qué! porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria, porque no os deja ignorar la necesidad que tenéis de su socorro; en fin, porque estáis desengañados y no podéis disimularlos que no podéis nada sin su gracia, ¿os dais por perdido y no veis el modo de tranquilizaros? ¡Vos decís que vais á morir porque habéis visto al Señor! ¡Pero Dios se deja ver de aquellos que quieren perder! ¡Y este mismo conocimiento que os da del abismo de vuestras miserias, no es señal de que las quiere perdonar?

¡Señor! las inquietudes y terrores cuando los mira el pecador con este espíritu, cuando lejos de querer esconder-

se los procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroje con mas fuerza en los brazos de Dios, y dice como la mujer de Manués: ¡si hubiera querido perderme, me hubiera mostrado todo esto! ¡Por qué me perdí sino porque me obstiné á no verlo! Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consuma la justicia. La fe empieza la obra y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato, mas eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conversión perfecta del corazón; esto es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador, ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dio el bautismo, y en fin, lo que le hace heredero de Jesucristo y compañero de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidareis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudarlos en el examen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te aseguro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte qué consuelo da á mi corazón. Discurriré qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diara yo por verte con él! Adios.

## CARTA XXIII.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: ¡Qué necios somos los infelices cuando enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el reposicio y la satisfacción que experimenté la mañana de este día, cuando después que estuve con el padre, vi que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desmenuzada y puesta en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón que la carne y sangre no pueden experimentar jamás.

¡Ah! que los hombres que gobierna el espíritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden mas elevado que los que viven según el espíritu del mun-

do. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia y fascinan la razón de los físicos con su orgullo engañoso; mas cuando llega un momento crítico, se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la muerte ó entre las aflicciones y dolores y busca sus auxilios, y entonces no son nada, sus socorros son viles y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios sencillos, modestos, con traje humilde y expresión moderada, de nada se jactan, nada prometen, se conciben como incapaces de todo; pero cuando llega la ocasión que se necesita de ellos y se implora su auxilio, entonces se transforman, se encienden

en la hoguera de la caridad, son todo fuego, ardor, y los mismos que antes parecían inútiles son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos, se hacen los amigos ardientes del necesitado y se apresuran á socorrer á los infelices con celo, mientras que los profanos fanfarrones del mundo los abandonan en las ocasiones que mas se necesitan. Por otra parte, parece que el cielo os ayuda y les da los medios de consuelo que los otros no tienen.

¿Cómo te explicaré el celo, la caridad y la ternura de mi dulce bienhechor! Si le hubiera encontrado ó hubiera venido á verme un mas santo, le hubiera mirado con el mayor desprecio, me hubiera burlado de él y apenas me hubiera dignado de fijar en él los ojos; y ahora le venero como un hombre superior á todos los que yo estimaba, y no me hallo digno de besar la tierra que él pisó.

Con qué amor, con qué interés y tambien con qué sagacidad, con qué arte y talento me escurríaba hasta los mas íntimos escondrijos de mi corazón! Yo me puse en sus manos, él me preguntaba, yo le respondía con sencillez y buena fe, y él hacía no sé cómo con la oportunidad de sus preguntas, que me acordase de muchas cosas que me parece hubiera olvidado sin ellas. Al fin, con mucha paciencia y método poco desordenar el ovillo enmarañado de mi primera edad, y me pareció que ya le había dicho todo lo que le podía decir, y tambien creí que quedé satisfecho.

Por este medio lo que me había parecido imposible ya lo veía como hecho. Esta cuesta tan difícil de repechar se me hacía fácil, porque me guiaba por senderos en que yo le seguía, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estos ejercicios. La experiencia de esta mañana me alentó mucho, porque vi que con el mismo método podía en poco tiempo llegar al fin; pero me repetía muy frecuentemente: Señor, no os fatigues. Desde que tenéis intención de no ocultar nada al confesor y que hacéis los posibles y prudentes esfuerzos para acordaros, que olvidéis una á otra cosa no importa nada; lo que solo importa es que tengáis dolor de haber ofendido á Dios en todas ellas, que propagueis muy firmemente no volver á hacer ni esas ni ninguna de las que pueden ofenderle, que esperéis en la misericordia de Dios que os las perdonará, y sobre todo, que vuestro corazón se convierta, que se resuelva á mudar de vida y guardar toda la ley de Dios. Ved aquí los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidados, cuando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del sacramento; pero no hay buena confesión ni la absolución aprovecha si no hay una entera y verdadera conversión.

Al fin el padre se fué dándome muy consolado, y convenimos en que yo procuraría en el discurso del día ver si me ocurría alguna especie nueva respectiva á la primera época que dejamos apuntada, que la mañana siguiente entenderíamos la segunda y así seguiríamos hasta concluir, sin dejar de venir por las tardes á continuar su instrucción. En efecto, volví aquel mismo día y empecé así:

Ayer os ofrecí, señor, hablaros de lo necesario que es el amor de Dios en el sacramento de la penitencia. Ya os he dicho que el temor empieza, que la esperanza lo sigue y que esta engendrará el amor, que es el que perdona y justifica. El mismo Cristo es el que ha enseñado á sus ministros la necesidad de este amor, pues en la primera absolución que dió en el mundo, que fué la que el mismo dió á

la mujer pecadora, dijo (1): *Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho*; y con esto nos hizo conocer que el amor era la condición mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se darian en la carrera de los siglos.

Este divino Maestro no dijo: muchos pecados le han sido perdonados porque ha temido mi justicia, porque ha renunciado públicamente á sus pecados y su mala vida, porque ha venido á arrojarse á mis pies y regarlos con sus lágrimas. Sin duda que su bondad daba el precio que merecían estas señales exteriores de su dolor, pero el perdón fué precisamente por su amor, pues era el principio que daba precio á todo lo demás, y el requisito mas esencial para la absolución.

Así, aunque el concilio de Trento haya definido que el temor prepara y dispone al pecador para su justificación, no quiere esto decir que el temor solo y sin la compañía del santo y casto amor nos pueda hacer conseguir el perdón de los pecados. El apóstol dice que la ley, esto es, el temor, puede empezar la obra, que es como un pedagogo que medio de gema, medio de fuerza, nos toma y nos lleva de la mano (2), *lex pedagogus*, pero que no conduce al término de la perfección (3): *Nihil ad perfectum adduxit lex*. Por eso el Espíritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificación en cuanto excita al pecador á elevarse hasta la esperanza, y que empezando á amar á Dios como autor y fuente de toda justicia, se siente por consecuencia animado de tal odio del pecado, que llega á detestarlo.

No añado una palabra á lo que dice el concilio, y os ruego, señor, que observéis los cuatro grados que indica con tanta precisión, todos anteriores al sacramento. Observad tambien el orden con que los propone, conduciéndonos de los unos á los otros. El primero es el temor que inspira la fe, y que espanta, abate, trastorna; pero como no hace mas que atar, de este grado pasa al penitente al segundo, que es la esperanza; esta consuela, anima al corazón que se daña por el pecado, anima al penitente al tercero, que se dignará perdonarle por los méritos de Jesucristo; pero ¿cómo es posible que espere de Dios este perdón si no empieza á mirarle como Dios de su corazón, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad? Es pues consiguiente que el tercer grado sea un principio de amor que le conduzca á Dios como al autor de toda justificación y como al que debe hacer la suya, librando de sus iras y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al cuarto, porque si una al Dios de su corazón, que es autor de toda justicia, es preciso que deteste la iniquidad que Dios aborrece, y ved aquí lo que el concilio dice (4): *Que el penitente porque ama á Dios aborrece y detesta el pecado*.

Así pues, la contrición es la parte principal de la penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla, y puedo ser tan intenso, que en el caso de que no fuera posible recibir el sacramento, pudiera ella suplirle con tal que el pe-

(1) Luc. VII, 47.

(2) Ad Galat. III, 24.

(3) Ad Hebr. VII, 19.

(4) Conc. Trid. sess. XVI, cap. IV.



cadro tuviera un deseo y una resolución sincera de recibirle luego que le fuese posible.

¡Pudierais, padre, dije yo, definirme exactamente la contrición! No puedo, respondió el padre, dar mejor definición que la misma que da el concilio. La contrición, dice, es el dolor del alma, la detestación de los pecados cometidos y la resolución de no volverlos á cometer; y aliado que este movimiento de contrición ha sido siempre necesario para obtener el perdón de los pecados, de lo que debéis inferir que no habla ahora de aquella contrición eminente y perfecta de que habla después, y que sola basta para justificar antes de que se haya recibido el sacramento, sino de la contrición, que es absolutamente necesaria para conseguir la remisión de las culpas, y esta contrición debe ser un dolor íntimo del alma.

No basta pues el temor y que en fuerza de este se haga una especie de resolución de no volver á pecar; es menester que el alma se afija y que se pencie de dolor al corazón, porque sin esto no se puede mudar ni convertir. ¡Y qué debe producir este dolor? Un odio del pecado, odio que debe llegar hasta la detestación, lo que es mas fuerte que un odio común y ordinario. Tanto como se abna el pecado, tanto como se complica en cometerlo, el que está verdaderamente contrito debe aborrecerle y detestarle; y aunque es natural que el corazón no vuelva á repetir lo que ya aborreció, el concilio para no dejarnos nada que inferir, añade expresamente que á este dolor que produce el odio debe juntarse la resolución de no volver á pecar.

Así pues, un movimiento pasajero que no exclayera la voluntad de pecar sin cuando él subsiste, que no produjera una mudanza entera y dejara el corazón como estaba antes, no es suficiente para formar la contrición. Es menester que esta voluntad de no pecar mas se establezca tanto en el corazón y que esté tan determinado y resuelto á no volver mas á pecar, como lo está á no hacer ninguna de aquellas cosas que aborrece y sabe que le hicieron mucho mal. Sería engañarse creer que pudo bastar una voluntad del momento, cuando no se quita del corazón el amor dominante del pecado.

No es posible amar lo que se detesta, y no basta mudar la disposición presente por las circunstancias actuales; es necesario mudarla en sí misma y para siempre. El mercader que arroja sus fardos en el mar por temor del naufragio, los arroja voluntariamente, y él mismo ayuda con sus manos; pero los aborrece ¿los detesta? No. Ved aquí una idea de la contrición cuando no es verdadera: toda disposición del ánimo que no se extiende hasta el odio y la destrucción del amor dominante del pecado, no es la contrición que el concilio dice ser necesaria para conseguir la remisión.

Ya he dicho que esta contrición es un dolor del alma; debo añadir que es un dolor á debe ser un dolor de haber ofendido á Dios, inspirado por su gracia y superior á todo otro dolor, y todo esto es de tal necesidad, que de ello depende toda la eficacia y el fruto del sacramento. El que dice dolor, dice un acto de la voluntad, un afecto del corazón, que se afija y se determina á mudar de conducto. No es un simple conocimiento, una idea de la fealdad ó deformidad del pecado. No es tampoco una simple displicencia de la razón, que si es recta no puede dejar de percibir el desorden del pecado y condenarle. Se puede

tener todo esto sin estar contrito; porque todos estos actos se pueden quedar en el entendimiento sin pasar á la voluntad. Se puede con todo esto amar siempre y complacerse en su pecado, conservándole el mismo apego, y por desgracia esto sucede muchas veces. Es menester que la voluntad obre y que el corazón se convierta con un arrepentimiento activo y verdadero. Es menester que el dolor nos le franquee, y por esto se llama contrición. Desde que la voluntad no se muda, todo lo demás no basta para agradar á Dios como conviene compararse á sus ojos purísimos.

Y no basta que sea un simple dolor natural, es necesario que sea sobrenatural, esto es, que sea en vista de su Dios clemente; sin esto será un dolor infructuoso y sin efecto. Además, y esto es lo mas esencial, este dolor que siente la voluntad, que ha sido inspirado por el Espíritu Santo y que nace de la pena de haberle ofendido, debe ser supremo, esto es, mas fuerte que todo otro dolor; quiero decir, que no hay revés, infortunio ni desgracia en la vida, de cualquier naturaleza que sea, en que pueda concebir un dolor, no digo superior, pero ni igual al que debo tener de haber ofendido á Dios y perder su gracia.

Es menester que esto mas afija mas que pudiera afligirle la pérdida de toda mi fortuna cuando fuera la mayor y la mas opulenta. Es menester que esto me dé mas pena que la afrenta mayor y que mas me cubriera de oprobio, mas que un abandono universal que me redujera á la miseria mas estrecha, mas que el mal mas violento y agudo que me atormentara sin descanso, mas que la muerte de los padres, los hijos, los amigos y cuanto se ama mas en el mundo; y en fin, mas que el inminente peligro de perder mi vida. Si mi pena no es mayor que todas estas penas, no es suficiente, y no solo no tengo la verdadera contrición, pero ni siquiera tengo aquella atrición que es necesaria al sacramento de la penitencia, y se llama contrición imperfecta.

Teodoro, yo me estremecí oyendo este discurso, y sin poder contenerme le dije: Padre, ¿y quién se confesará bien si es menester todo esto? ¿Dios puede exigir tanto de un hombre miserable? Eso es capaz de turbar el universo y solo sirve para desesperar. Señores, señor, no respondió el padre; yo no he acabado de explicarme, y al fin veréis que tengo razón y que con todo, no perderéis la esperanza. ¿Vos decís que esto puede desesperar? ¡Pero á quién? A las almas mundanas que nunca han conocido bien á Dios ni se aplican á conocerle, á las almas sumergidas en los placeres, solo sensibles para aquello que lesiona el amor propio, á las almas dispuestas que solo ven las cosas de la religión superficialmente y que están sin cesar distraídas en los objetos exteriores que arrebatan su atención. Ved aquí los únicos que deben espantarse de lo que digo y extremarse al oír estas verdades.

Pero yo los diré con san Agustín: dadme una alma que ame á Dios, una alma llena del espíritu del cristianismo, en fin, tal como debían ser todas, y si por efecto de la fragilidad humana ó por la sorpresa de una pasión tuviera la desgracia de cegarse hasta caer en el pecado, cuando volviendo en sí y ayudada de la gracia se convirtiera á Dios, decidme si no sentirá la pena y el disgusto que he explicado y que digo ser absolutamente necesario. Cuando vemos á David acostado sobre la ceniza humillándose delante de Dios, cuando vemos á san Pedro cubierto de rubor y lo-

rando con amargura, cuando vemos á la Magdalena postrada á los pies de Jesucristo, que los riega con su tierno llanto, podemos concebir que hubiera nada en el mundo de que pudieran estar, no digo mas, sino tan afligidos como lo estaban de sus pecados? ¡Podremos imaginar ningún interés capaz de entrar en comparación con el de apacar á su divino Salvador y volver á entrar en su gracia! Y nosotros, mas pecadores sin comparación que esos famosos penitentes, ¿no tenemos motivos mas urgentes para afligirnos? ¿Qué nos falta pues? Mas sinceridad y mas celo de nuestra conversión.

Pero no os inquietéis, señor; confieso que vos y muchos pudieran desalentarse con razón, si esta dolor necesario para la penitencia consistiera en una pena sensible, porque la sensibilidad no depende de nosotros, y muchas veces es mas viva para estos males de la vida ó para ciertos acontecimientos que tenemos y nos afligen, que no para los pecados que detestamos y nos causan un pesar verdadero. No es pues de este modo sensible, ni con esta pena, que nuestra contrición debe ser un dolor superior á todo otro dolor, sino por la detestación de la voluntad, por la preparación del ánimo, que es la parte superior del alma, y por la disposición interior en que está el penitente de sufrir todo género de males, y aceptar toda especie de adversidades y desgracias antes de consentir en un solo pecado mortal.

Con esto es claro que aborrece al pecado mas que todos esos males, y que quisiera á costa de ellos borrar los que ha cometido. No es necesario para esto sentir las mismas agitaciones y gemidos, ni caer en las mismas desolaciones que sentimos, cuando se nos anuncia un grande infortunio ó desastre. Para la contrición basta el odio y el dolor que los teólogos llaman *apreciativo*, porque él sostiene los derechos de Dios, y prueba que nuestro corazón le da una preferencia entera y absoluta. Ved aquí lo que debe, señor, aseguraros, y á todos, pues no hay nadie que con la asistencia de Dios no pueda tener este dolor.

Es verdad que para tenerle es menester aplicarse, y se necesita de cuidados y esfuerzos. San Agustín decía: *Si todavía no te sientes llamado de Dios, trabaja, ruega, insiste*. Los hombres experimentan muchas veces tal oscuridad en el corazón, que se puede temer que les falta la contrición que es necesaria para el perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia, pero es por falta suya. ¿Y cómo es posible que la tenga si se observa el modo con que se preparan algunos para venir al sagrado tribunal?

Muchas veces vienen con tal precipitación, que no se han tomado tiempo aun para pensar en lo que van á hacer; se acorran con tanta indolencia y frialdad, que se conocen que no tienen presente que este es uno de los ejercicios mas importantes y serios de la religión, y como no están acostumbrados al recogimiento ni á los actos que el corazón movido de la gracia produce en nosotros, se contentan con ciertas fórmulas que se hallan en los libros, y que leen ó dicen de memoria sin afecto interior y casi sin inteligencia. Esto suele ser común aun en los gentes de distinción. Nosotros les preguntamos si están contritos y arrepentidos, si tienen un sincero dolor de sus pecados, ellos sin vacilar nos dicen que lo creen así; pero hablando de buena fe, ¿cómo se lo pueden persuadir?

¿Qué es un dolor sincero? Es una mudanza tan entera del corazón, que le hace que se separe de los objetos que

antes le agradaban mas. Es menester que por la fuerza y superioridad de este dolor aborrezca lo que antes amaba y ame lo que antes aborrecía, en fin, que sea un corazón nuevo. ¿Qué esfuerzo del alma supone una mudanza tan completa? ¿Qué sacrificio de sus gustos? ¡Qué victoria de sus pasiones! ¡Y una victoria de esta especie puede ser fruto de reflexiones frías y débiles, y de palabras dichas con ligereza! Bien sé que las operaciones de la gracia no dependen del tiempo; pero tambien sé que segun las reglas ordinarias, la gracia no obra sino con peso y medida.

La gracia tiene sus caminos por donde se insinúa, sus grados en que se adelanta, previene, sostiene, ayuda á consumar la obra; pero exige que el penitente contribuya por su parte, que entre en él mismo, que levante su corazón, que deteste sus faltas, que se represente todas las consideraciones que le pueden servir para separarse de sus pecados, y que se le hagan mirar con horror, que insista sobre las que pueden inspirarle amor, respeto y obediencia hacia Dios, su Creador y Redentor, y en fin, que recurra á este mismo Dios, abriéndole su corazón para que le hable y le convierta. ¡Y este puede ser el negocio de un instante, sobre todo, para pecadores que en el discurso de un año se acercan pocas veces al tribunal sagrado!

Pero, padre, dije yo, esto me hace temblar: según eso hay muchas malas confesiones. Yo lo temo, me respondió, y casi no me atrevo á decir lo que pienso; pero como el confesor no puede ver el interior, está obligado á creer lo que se le asegura. Encoge los hombros, absuelve al penitente y no responde de nada, porque solo Dios puede juzgar del valor de esta absolución, y sabe que por estas malas disposiciones, sin derogar ni á las promesas de Jesucristo ni á la potestad de sus ministros, no todo lo que se desata en la tierra se desata en el cielo.

Siendo eso así, volví á decirle, será menester un tiempo dilatado para prepararse á la confesión. Sin duda, me respondió, que es menester todo el que sea necesario para que sea buena, y sobre todo para asegurarse de su contrición tanto como es moralmente posible. Digo moralmente posible porque desprecando la negligencia no agredo tampoco otro exceso emal sería una inquietud escrupulosa. La prudencia cristiana conserva el medio entre los dos extremos, y no debe pasar los límites de la razón. Cuando en vista de las circunstancias y de los medios que ha practicado puede el penitente pensar que ha hecho todo lo que puede, entonces debe darse en Dios y calmar sus inquietudes, sin atormentarse inútilmente con exosivas desconfianzas de sí mismo.

Pero cómo no hemos de llorar nuestra miseria! ¿No es extraño que teniendo el hombre tantas razones, y tan fuertes que una sola debía bastar para penetrar su corazón de dolor por haber ofendido á su Dios, le sea tan difícil moverse á los justos sentimientos de compunción? ¡No es extraño que necesitamos de tantas exhortaciones, instrucciones y meditaciones para despertarnos ideas que jamás deberían alojarse de nuestro espíritu, y que nos sea preciso hacer esfuerzos que sentimos su impresión? ¡Cómo es posible que olvidemos tanto y tan presto á un Dios Creador, Conservador y Redentor, á un amo tan grande, á un Padre tan tierno, á su liberalidad, su santidad, su justicia y todas sus innumerables perfecciones?

¡Cómo el simple pensamiento de tantos derechos como







nos presentamos al tribunal de la penitencia, sino porque quizá nunca hemos llevado á él una voluntad bien firme de mudar de vida y de trabajar seriamente en la reforma de nuestras costumbres. Hemos creído que era voluntad una cierta veleidad, algunos deseos imperfectos ó los gritos de la conciencia que nos ausaba interiormente y que nos decía lo que debíamos hacer. Lo veíamos, pero no lo hemos hecho porque no lo hemos querido. Cuando queremos bien lo que está en nuestro poder, no dejamos de hacerlo. San Agustín decía, hablando de sí mismo, que quería convertirse, pero lo quería como un hombre sumergido en un sueño letárgico que quiere despertarse y sueña á resaca en su sueño. Acudamos pues á Dios, que según el apóstol nos hace querer y ejecutar.

¶ Pero volviendo á nuestro asunto, conviene saber que el dolor, que unido con la esperanza produce la detestación del pecado, ha de ir acompañado á lo menos con un principio de amor. Es natural amar á aquel de quien se espera mucho bien, y mucho mas cuando se sabe que se puede lograr por el amor. Es verdad que se ha disputado mucho sobre esto en los últimos tiempos: pero esta era una disputa mas para las escuelas que para ordenar nuestras disposiciones en el tribunal sagrado. Todos convenían en que la contrición incluyese amor, y la cuestión se reducía únicamente á si este amor era de esperanza ó de caridad; pero que sea de uno ó de otro, siempre es amor: amar no es otra cosa que amar, y el amor de que tratamos aquí, es esencialmente uno y otro sin que sea posible separarlos; y si no decidimos cuál es el bien que esperamos en el sacramento de la penitencia? Vos me diréis que el perdón de los pecados; y yo digo que tenéis razón, y que si lo entendemos bien, es todo lo que podemos desear, porque con que este bien nos vienen todos los demás.

En efecto, es imposible que obtengamos la remisión de los pecados sin quedar justificados con una justicia que nos es propia. ¿Y cómo se establece esta justicia en nuestro corazón? ¿Cómo de injustos y pecadores que fuéramos, nos transformamos en justos y santos á los ojos de Dios? Por su amor, por la caridad que derrama en nuestros almas el Espíritu Santo con su presencia. Estos son verdades de fe definidas por el concilio; veid aquí su cánon (1): "Si alguno dijera que el hombre queda justificado solo con el perdón de los pecados sin la gracia y caridad que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones y que se nos hace propia: sea anatema." Esto, señor, merece las mas serias reflexiones, porque ve aquí las consecuencias que resultan.

Si el pecador cuando recibe la absolución no recibe al mismo tiempo al Espíritu de Dios; si no le lleva ya en su corazón cuando se levanta de los pies del sacerdote; si con la presencia del Espíritu divino, que habita en su alma y la ha hecho tiempo vivo de Dios, no habita también la caridad, que consiste en un amor bastante poderoso para preferir á Dios y apreciarle mas que todo, para hacerlo amar todo lo que ama, aborrecer todo lo que aborrece, y para establecerle en esta feliz disposición de una manera firme y constante, no porqué no pueda caer de este estado, pues puede y muchas veces cae, sino porque este estado por su naturaleza es para subsistir toda la eternidad, y si el pecador

dor lo pierde es por su culpa; en una palabra, si no tiene la caridad, que es la única que puede hacerle digno de Dios, ponerle en el número de sus amigos y asociarlo á sus santos, porque ya el mismo es justo y santo, sería un gran error decir que ha podido obtener el perdón de sus pecados. Que se dispute, pues, tanto como se quiera sobre las disposiciones necesarias para el sacramento de la penitencia, no se puede dudar lo que el pecador va á recibir y lo que debe traer; y no solo no recibirá nada, sino que será culpado de haber hecho inútil la sangre de Jesucristo, si no recibe en virtud del sacramento el Espíritu Santo y el hábito de la caridad.

¶ Parece, señor, que es imposible recibir esta justicia y esta caridad sin desearla tanto como merece, esto es, mas que todo lo que se puede desear en el mundo y con preferencia á todo sin excepción. En la religion de Jesucristo no hay mas que una respuesta que el fundador nos han enseñado, y es que sea como lo desearis: *Fiat tibi sicut vis*. Para obtener pues es menester desear, y esto mismo define el concilio cuando dice que el Espíritu Santo distribuye esta caridad según la disposición y cooperación de cada uno. ¿Quién puede ignorar que la mejor disposición es desearla mas que todo y con preferencia á todo? Pues el el que profiriese cualquiera otra cosa, no merecería recibirla y se haría absolutamente indigno de ella.

Ahora pregunto yo: ¿es posible desearla, sobre todo sin amarla mas que todo? La justa medida con que se desea una cosa es la del amor que se le tiene. Dad á este amor el nombre que quisieris, no me importa: es evidente que el pecador busca y va á recibir la justicia y la caridad, que no puede recibirla sin desearla y amarla mas que todo, como el mayor de los bienes, como el único digno de ser deseado, como el solo que puede hacerle feliz en este mundo y en el otro. Siendo esto así, ¿qué importa el nombre que se le dé? Es indisputable que este es el amor de la caridad, pues se le propone directamente por objeto; y quién puede dudar que es también de esperanza?

Es pues claro que uno y otro amor son el mismo. ¿Qué así de amor puede ser mas vivo que aquel movimiento del alma con que el profeta decía (1): "¿Qué hay en el cielo, ni qué puedo desear sobre la tierra sino á ti, Dios mío, Dios de mi corazón y mi parte en la eternidad? No conozco otra felicidad que la de unirme contigo y poner en ti toda mi esperanza?" Observad cómo uno el amor de caridad con el de esperanza, y que los dos no son mas que una cosa. ¡Ay, señor! que su misericordia nos inspire su amor y no nos embaracemos en el nombre que pueda tener.

No hablemos pues de estas distinciones para arreglar nuestra conducta; que el dolor, la vergüenza, la confesión, lo alabanza, la admiración, el reconocimiento, la confianza, todos los mas vivos efectos de amor, todos los mas penetrantes sentimientos del amor mas inflamado se descarguen y caigan todos juntos sobre nuestros corazones tan repetidos, tan acumulados, que no nos permitan distinguirlos ni nos dejen libertad sino para abandonarnos sin reserva á la inmensa caridad de nuestro Dios. El anatema, la maldición, dice el apóstol, es para el que no ama á Jesucristo; y en qué tiempo la merecería mas el pecador sino cuando

do cubierto de las úlceras que le han hecho sus pecados, y cuando implorando la aplicación de su sangre para sanar de heridas tan mortales, se pudiera creer dispensado de amarle?

Lo que el concilio dice de que la atrición concebida por temor de las penas dispone á recibir la gracia del sacramento, no se opone á la necesidad del amor; sin duda que la atrición dispone, sin duda que es el primer grado de la justificación, porque prepara la conversión del corazón; pero por lo mismo que dispone á los otros grados, es claro que por sí sola no basta y que los otros tres que el mismo concilio indica, son necesarios. Así cuando esta disputa se reduce á sus verdaderos términos, se ve que no hay dificultad real, que está mas en las palabras que en el fondo, y que si es menester siempre amar á Dios, se le debe amar mas si es posible cuando se va á implorar por la penitencia su piedad.

Me parece oportuno prevenirnos contra una objeción que han hecho algunos y que naturalmente se presenta. Ellos dicen: si los hombres deben amar á Dios antes d l sacramento, desde que le aman ya son justos, y desde que lo son ya no necesitan de la confesión, pues sus pecados han sido perdonados: así si después se confiesan, no será mas por devoción ó para obedecer á la Iglesia que lo mande; pero el sacramento entonces no es mas que una ceremonia privada ya de su efecto principal, que es la remisión de los pecados.

Se les ha respondido que lo mismo podrían decir del bautismo, pues este sacramento sirve también á la remisión de los pecados, como lo ha definido el concilio y como todos los días lo confesamos en el *Credo*. Sin embargo, el mismo concilio ha declarado que una de las disposiciones que deben tener los adultos para recibirle con fruto, es amar á Dios como autor de toda justicia. Y que á pesar de esto no dirán que el bautismo no es necesario en los adultos que aman á Dios, y que solo es una ceremonia exterior que se reduce no á perdonarlos los pecados, sino á declarar que les están perdonados.

Saulo abatido, derribado y ya convertido, es uno de aquellos milagros que manifiestan la fuerza de la gracia. Nadie duda que en conversión fué perfecta desde su principio, y no obstante, Ananías, enviado por el mismo desuero para bautizarle, no se cree por eso dispensado de decirle tres días después de su conversión: ¿qué aguardas, hermano Saulo? Levántate y lava tus pecados. ¿Qué pecados tenía Saulo? ¿Levántate y lava tus pecados? ¿Qué se que lavar si tres días antes estaba ya justificado? Que se dispute si se quiere contra este ejemplo, pero fácilmente se verá que se disputa contra lo que nos dice la palabra de Dios. Veamos otro.

El centurion Cornelio ruega á san Pedro que le venga á instruir en el Evangelio, y san Pedro le instruye. El espíritu de Dios descende visiblemente sobre Cornelio y toda su familia. Es pues cierto que antes de recibir el bautismo ya estaban justificados. ¿Y qué concluyó de esto el príncipe de los apóstoles? ¿Quién podrá, dijo, rehusar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo? Observad bien estas palabras. Porque han recibido el Espíritu divino infiere el apóstol que está obligado á darles el bautismo.

¶ Pero hablemos particularmente de la penitencia. El concilio declara que hay una contrición tan perfecta, que justifica al pecador antes del sacramento. Esto es de fe; pe-

ro si se quisiera concluir de aquí que el sacramento no es necesario al que lo recibe con tan feliz disposición, ó que no es mas que una ceremonia exterior, un poder desnudo que solo sirve á declarar que los pecados le están perdonados, se caería en los anatemas del concilio; y así lo que se debe concluir es, que el sacramento será mas útil y fructuoso al que trae disposición tan excelente.

Y si no, ved la consecuencia que resultaría. Los cristianos están obligados en conciencia á no privar á los sacramentos de su efecto ni reducirlos á simples ceremonias exteriores, que les hicieran dejar de ser lo que son por la institución de Jesucristo. Supuesto esto, estaríamos también obligados á enseñar y aconsejar para no amar mucho á Dios, cuidado y pongan atención para no amar mucho á Dios, cuando vienen al sagrado tribunal, y en lugar de decirles con el concilio que el Espíritu Santo distribuye la justificación y caridad según la disposición de cada uno y que los sacramentos dan mas gracia al que viene mejor dispuesto, sería menester decirles que para tenerla mayor debían amar á Dios menos. ¡Añádase ya la razón humana cuando quiere juzgar de las cosas de Dios con sus débiles luces! ¡Añádase luego si no á contradecirse, embrollarse y correrse de sus propias consecuencias!

Una alma verdaderamente convertida no disputa, no argumenta, no sutiliza, no tiene mas que un deseo que la oprime, y solo dice una palabra con san Pablo (1): *Señor, ¿qué quieres que haga?* Esta palabra es corta, pero todo lo dice cuando se profiere con una voluntad llena y entera, que no tiene mas objeto que el de agradar al dueño que la manda. No pregunta á Dios ni quiere saber los motivos del precepto. La obediencia fuera menos perfecta y el corazón quedara menos contento; solo sabe decir: *Hebla, Señor, que tu siervo escucha*. Mi enternamiento no debe hacer otra cosa que crearte y mi corazón que amarte. El primero es creará no obstante la cecidad de sus luces. El segundo es obedecerá á pesar de sus repugnancias: ni uno ni otro quieren saber sino lo que ordenas; sin querer pensar los motivos solo quieren hacer lo que mandas, y quisieran hacerlo todo á un tiempo, si les fuera posible y si su condición lo permitiera; pero todo está en la preparación de mi corazón, vos lo veis, y que espera con vuestra gracia hacer cuanto le sea posible.

¶ Ved aquí, Señor, los sentimientos de un verdadero convertido; y cuanto la conversión es mas perfecta, tanto mas le domina esta disposición. Supongamos pues un amor bastante poderoso y activo para justificar al pecador antes del sacramento: ¿qué se sigue de esto? Que el deseo de recibirle, como que es el medio que Dios ha establecido para el perdón de los pecados, debe ser mas vivo en él, pues que no puede ser justificado sino en razón de este deseo, y que la necesidad de este deseo no se funda sino en que el sacramento ha sido instituido por Dios para este efecto. Así pues, cuando fuera cierto que todos los hombres fuesen justificados antes de recibir el sacramento de la penitencia y el del bautismo, no por eso les dejarían de ser necesarios ó quedarían privados de su efecto, pues que los penitentes no pueden ser justificados sino por el deseo de recibir aquellos sacramentos.

¶ Pero para poner este asunto en toda su luz, basta obser-

(1) Conc. Trid. sess. IV, can. XI.

(1) Psal. LXXII. 25, 26.

(1) Actor. IX, 6.







dictadas por el Espíritu de Dios, y admirad de paso la asombrosa profundidad de los libros divinos. Los hombres dicen poco en muchas palabras; el Espíritu Santo en pocas palabras lo dice todo, y lo dice con tanta precisión y claridad, que en ellas se halla todo lo que importa saber.

Vos deseáis entender cómo se puede conocer cuando estamos verdaderamente arrependidos. Yo os respondo con San Pablo (1): *Si vivimos según el espíritu, andamos conforme al espíritu*. Estas cortas palabras están llenas de luz, y puede ser que ya os descubran todo lo que quiero decir. Esta conversión no es nada menos que una mudanza entera, un tránsito total de una vida á otra diferente, ó para decirlo mejor, de la muerte á la vida. La vida de la carne y de los sentidos, según el mismo apóstol, no es más que muerte: *mors est*; y la verdadera vida no se halla sino en el espíritu que vive de la justicia. Estas son las dos especies de vidas con que todos los hombres viven sin excepción: el que vive según la carne, morirá, y ya está muerto á los ojos de Dios; pero el que vive según el espíritu, mortificando las obras de la carne, vivirá. Estas dos vidas son incompatibles no hay medio entre la vida y la muerte. El que vive según el espíritu no sigue los deseos de la carne; el que los sigue no vive con la vida de el espíritu.

Así pues, si vos no solo no seguís los apetitos y deseos de la carne, sino que los hubeis combatido y los mortificado, ya podéis aseguraros que vivís con el Espíritu de Dios, y ved aquí cómo esta cuestión que parece tan difícil se resuelve por el medio más sencillo y natural. Basébaos la luz en esa oscuridad, y la luz brillará por todas partes. Ya tenemos un farol que nos puede guiar y con que podemos arreglar nuestros pasos y conducta; pero contentados para esto lo que es la vida de la carne, que no solo son los pecados groseros ó de los sentidos, sino también los que nacen de las pasiones, que suelen llamarse espirituales, como por ejemplo, el orgullo, las envidias, las envidias; pues aunque pertenecían al espíritu, sacan su origen ó tienen su principio en la carne y la sangre. San Juan nos dice (2): «No ames al mundo ni nada de lo que está en él, porque «toda concupiscencia viene de él.» Es claro que nosotros no tenemos relación con el mundo sino por esta cuerpo grosero, por esta desdichada carne; solo por ella llegan á nuestra alma las fatales impresiones que el mundo produce.

Es pues la vida de la carne el principio de todas nuestras finestas pasiones así espirituales como corporales. Es ella la que nos da este gusto dominante por las cosas de los sentidos, este contento que nos impide conocer los bienes verdaderos y que nos impide tan tenazmente á los transitorios, esta dificultad que nos impide deshacernos de lo que se nos quitará pronto, este peso que nos abruma y nos sujeta á las impresiones de los bienes presentes. Por ella el no estimamos, no amamos, no respetamos ni buscamos sino lo que vemos y tocamos, y por ella no producen fruto en nuestro espíritu Dios, sus juicios, sus castigos y sus recompensas. Apenas vemos todo esto, y si la fe nos lo muestra, es á tanta distancia que no sentimos su impresión. El oro, las dignidades, las grandezas, la magnificencia, la estimación, el respeto á los hombres, sus juicios y sus opi-

niones, ved aquí lo que nos interesa y nos conmueve, porque los sentidos nos acercan todo esto, nos lo presentan á la vista y solo pensamos en adquirirlo.

Esta es la razón por qué no tenemos otra solicitud que la de estos bienes y que solo pensamos en adquirirlos y conservarlos. Por esto la impresión que nos producen es tan fuerte, que no hay medio, no hay delito que no se ejecute para conseguirlos. Por ello los hombres se apasionan con delirio, los disfrutan con tenacidad, se aborrecen con furor, y se matan unos á otros con perfidia é inhumanidad. De esta fuente empozoñada nacen todos los desórdenes, y ella es la que nos inspira esta oposición que sentimos á lo que nos aconseja la razón, y mucho más á los afanes penosos de nuestro estado y á las ocupaciones serias de la religión. Ella es la que nos da ese gusto tan vivo por los placeres frívolos y las diversiones agradables, y por ella ocupados siempre en solicitudes inquietas, agitados de cuidados inútiles, de movimientos descompensados, de auidiosidades, envidias y furores, nosotros dias se malgastan en convulsiones tan dañosas y pérdidas tan irreparables.

Esta es la vida de la carne, que consiste en el imperio que los sentidos han tomado en nuestro corazón, y por ella muere el espíritu; porque la vida de esta consiste en combatir la vida de la carne, en mortificarla y destruirla. La conversión del corazón no es otra cosa que el paso de una vida á otra; por consiguiente, no puede haber conversión si no se abandona la primera vida para adoptar la segunda, pues es imposible conciliarlas ambas, y por eso san Agustín reduce toda la conversión á apartar el corazón del amor de las cosas temporales, presentes y sensibles, y ponerle en las cosas eternas.

Aquí dijo yo: Eso bien lo entiendo, padre, comprendo que el convertido debe dejar la vida de la carne para seguir la del espíritu; pero quién me dirá á mí si ahora, y para estar en estado de recibir la abolición, mi corazón está tan convertido como es necesario? [Y quién puede creerse convertido si para serlo es menester no tener ya ningún gusto por las cosas sensibles? Es necesario que este gusto se destruya? no basta resistirle?]

El padre me respondió: lejos de nosotros las máximas exageradas, que son siempre erróneas, y mas en asuntos de moral. Hay mucha diferencia, señor, en la vida de la carne y la vida según la carne. El apóstol no dijo que moriéramos si vivimos en la carne, sino si vivimos según la carne. Para que no vivamos en la carne seria menester estar ya muertos, y la conversión del corazón no consiste en hacer que la carne no viva, sino en no vivir según la carne. Mientras estamos en este infeliz suelo, la ley de la carne, ley de muerte, es y será la raíz de nuestros gemidos y combates.

En este punto, señor, los mas justos y los mas santos no hacen ventaja á los pecadores, y la funesta semilla de iniquidad que todos los hombres tienen en su corazón, es capaz de producir en todos los mismos frutos de muerte. Cuando digo que los justos no tienen ninguna ventaja, no quiero decir que en los combates no salgan victoriosos y que en ellos no se disminuya cada dia la actividad de esta semilla perniciosa; sin duda que cuanto mas se adelantan en los caminos de la justicia, tanto mas debilitan la concupiscencia y la privan de su fuerza. El enemigo que ha sido vencido ya muchas veces, queda aterrado y es menos peligroso.

Pero con todo, la raíz de esta simiente siempre se conserva. Ningún esfuerzo la acaba, y es indispensable que hasta los justos la refrenen. Esta semilla de iniquidad consiste en la impresión y depravación de los sentidos y en el efecto involuntario que causa en nuestra alma esta impresión. Esto es lo que el apóstol llama ley de muerte. Esta ley reina en nuestro cuerpo, y vive hasta la muerte. No podemos destruirla; pero porque la carne y sentidos viven, porque el alma no puede dejar de sentir su acción, se sigue que los amo y se sujeta á ellos voluntariamente. No. Lo que se sigue es, que debe conocer la iniquidad de esta sujeción, oponerse á ella, pedir socorro y combatirla.

Así pues, la sujeción inevitable del alma á la acción de los sentidos, es la raíz del pecado, que no consiste ni puede consistir sino en condescender ó someterse voluntariamente á su imperio. Por eso no ha dicho que para la conversión sea necesario dejar de vivir con la carne y los sentidos, sino que es menester no seguirla, no someterse, lo que supone dos cosas que el apóstol ha determinado; la primera cuando dice: Camina según el espíritu y no seguirás los deseos de la carne y los sentidos; la segunda: Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias. Porque no hacer las obras que son claramente de la carne, y de las que dice el mismo apóstol que el que las hace no entrará en el reino de los cielos, es algo; pero para ser de Jesucristo no basta no hacerlas, es menester combatir y debilitarlas. Esto resuelve todos vuestros temores.

El sentido por mas vivo que sea para las cosas prohibidas, puede ser un mal, pero no es un pecado; es mal porque obliga al combate; pero después de la victoria es un bien, porque es mérito. Pero amas ese mal! No estás determinado á no permitirle nada? [Si estuviera en vuestra mano impedirlo, no lo haríais? Sin duda; pues nada le conocéis, y es importante: no debéis pues tener ninguna inquietud; estos movimientos, esas impresiones son efectos naturales de la ley de la carne, y la ley del espíritu debe sujetarlos. [Si no existieran seria necesario resistirlos y vencerlos! Cuando el apóstol dice que el pecado no reina en ti, añade inmediatamente de modo que obedezcas á sus deseos. Abandonad pues toda inquietud, procurad solamente manteneros fieles; y si á vuestro pesar las memorias de los tiempos pasados se despiertan con viveza en vuestro corazón, no conciliéndoos nada, lejos de faltar á Dios le servís con mas merecimiento.]

La verdadera conversión, como hemos dicho, es la cesación absoluta no de las tentaciones sino de los consentimientos á todo pecado mortal, pero sin excepción alguna, porque el que los dejara todos, si conservara uno solo sería reo de todos. Esto se debe observar muy particularmente, porque parece que muchos cristianos imaginan que en la religión de Jesucristo no hay mas que una especie de pecados, y que están contentos cuando se abstienen de los que san Pablo dice que no solo no se deben cometer pero ni aun recordar. Como si el hombre fuera tan despreciable que toda su perfección consistiera en no envilecerse indignamente; pero Santiago dice: Que el que no respinga su lengua y piense tener religion se engaña, que no tiene mas que las apariencias y que su religion es vana. El mismo san Pablo añade: Que tampoco contrarán en el reino de los cielos los que cayeren en enemistades y pleitos, cóleras, desave-

nencias, envidias, maledicciones, embriaguez y placeres de la mesa.

Vos diréis, ¿quién pues se podrá llamar convertido? ¿quién se salvará? Yo os responderé: El que se abstenga de todas esas cosas, porque el que las haga en todo ó en parte, no entrará en el reino de los cielos. Es menester pues sobre todo esto examinarse bien y corregirse. Yo voy á proponeros algunos ejemplos. Ved aquí hombre: una secreta envidia devoraba su corazón, no podía soportar el bien que otro hacía, y no lo hacía él mismo; las felicitades ó las alabanzas de otros le afligían, las veía ó las oía con enfado y procuraba atenuarlas ocultaba el bien de otros y divulgaba el mal; le creía fácilmente porque le desaba, y con mas facilidad lo publicaba para que fuese creído; las menores apariencias eran para su ánimo mal dispuesto pruebas de aversión. Todo esto debía corregirse, y desde que se convirtió ya es diferente su conducta, ya en su corazón hay un amor sincero de todo bien, ya le aplaude en cualquiera parte que le vea, ya se alegra del mal, ya le enlame, y en fin, ya le excusa si puede, ó á lo menos calla. Es claro que ha convertido, pues ha corregido ya sus defectos. Aquel se jactaba otra vez, y quizá con demasiada verdad, de ser un enemigo implacable; no podía reconocer como virtual el olvido de las injurias, y cuando estaba ofendido su deseo de venganza no escuchaba ni consejo, ni razón, ni religión. Todo se ha mudado; ya es un amigo fiel y sincero, ya no tiene enemigos, todo lo perdona, y no castiga mas que la paz y la reconciliación. ¿Quién puede dudar que se ha convertido?

Ese otro era colérico, á cada instante se transportaba con movimientos fogosos, con prontitudes violentas, muchas veces sin razón y siempre con exceso. Era imposible servirle, multiplicaba las injurias á los criados, sus iguales por no sufrir tantas violencias, preferían cederle en todo antes que despertar con él eternamente; adora es manso, paciente y se ve que es cristiano. Tanta mudanza es señal segura de conversión.

Ved esa joven (y esto puede extenderse á las que ya no lo son), antes no pensaba ni se culpaba sino en sus adornos y atavíos. Yo la preguntaría, ¿para qué? Si era para conformarse á la ley del espíritu ó á la de la carne y muerte, porque no hay mas que las dos. Pero la ley del espíritu no ha podido inventar esas modas profanas, esos modos licenciosos, ese aire de teatro infame, aun en personas viles que se presentan al público en espectáculo, y mucho mas en mujeres honradas que deben ser dignas madres de familia. Pero ella conoció al punto que la movió la gracia, el respeto que debe á su cuerpo y que al primer paso que dió en la religión fíj invocado sobre ella el nombre de Jesucristo, que por la participación de la divina Eucaristía es vivo templo de Dios, que debe adornarse, pero con adornos dignos del cuerpo que habita en él, no con el que conviene á las impuras divindades del mundo, y que los únicos que pueden agradar al Dios que adora, son el pudor, la castidad y la modestia.

Os he propuesto estos pocos ejemplos para daros una idea de los efectos que debe producir la conversión, para manifestaros que esta ha de ser una renovación de vida ó una mudanza entera de costumbres, que debe empezar cuando el pecador se convierte y debe crecer de dia en dia por la detestación que comble de su vida pasada, de

(1) Ad Galat. v. 25.

(2) I Joann. 11, 15, 16.



esta vida que no hacía mas que la voluntad de su carne y sus sentidos. No es posible servir á dos años; el que sirve á uno, dice Jesucristo, desprecia al otro; sobre todo cuando son tan opuestos como la carne y el espíritu.

Es claro, señor, que el que aborrece su vida pasada, el que la detesta, porque el odio debe llegar hasta esto: extremo, aborrece tambien todo lo que es capaz de volverle á ella. Así, sin la fuga de todas las ocasiones de pecar no hay conversión verdadera. Ved aquí pues la regla. El que no solo deja el pecado, sino tambien huye las ocasiones y toma cuantas precauciones puede para no volver á caer en él, puede creer sin temeridad que está convertido.

Lo puede creer tambien y con mas fundamento, cuando á todas estas circunstancias añade la satisfacción sacramental, porque es menester entender que á mas del dolor ó de la contrición, del propósito ó la resolución y de la confesión entera, hay la satisfacción, y que estas cuatro qualidades son todas ellas partes necesarias del sacramento. Es cierto que aunque la absolución nos perdona los pecados en cuanto á la culpa y á la pena eterna, no por eso nos perdona toda la pena temporal, pues de esta quedamos dueños á la divina justicia. En su virtud nos libramos de la pena eterna, porque la gracia nos justifica y nos restablece en nuestros derechos á la herencia celestial; pero como es indispensable que la justicia divina quede de algun modo satisfecha, debemos sufrir alguna pena temporal. Así lo ha definido el concilio de Trento, explicando la diferencia que hay entre la penitencia y el bautismo. En este el perdón es completo, así de la culpa como de la pena; pero en aquel no siempre con la culpa perdona Dios toda la pena; porque la razón dicta que los pecadores que después del bautismo perdieron aquella gracia, profanando el templo del Espíritu Santo, deben ser tratados con mas severidad que los que no habiéndole recibido han pecado con menos conocimiento y socorros y no han abusado de tan alto don.

Por eso en este sacramento el confesor impone al penitente la obligación de hacer ciertas obras penales con que pueda satisfacer. Esto es el complemento del sacramento, y es de absoluta necesidad así para el confesor como para el penitente. La Iglesia ordena al primero que imponga una penitencia que sirva de satisfacción á los pecados cometidos, por consiguiente debe ser proporcionada á ellos. Es justo que sea castigado, y con mas severidad, el que ha cometido mas pecados ó pecados de mayor malicia. Y con este espíritu en los primeros siglos estableció tanto y tan diferentes penitencias segun la gravedad de las culpas. Y por eso los cristianos se sometían á ellas con la esperanza de evitar con los castigos de esta vida los de la otra.

Si la disciplina ha mudado, la verdad no muda, y el celo de los ministros no debe ser ahora menos vivo que lo fué en aquellos tiempos. El concilio los dice: Los sacerdotes del Señor dirigidos por el Espíritu divino, deben segun las reglas de la prudencia, imponer satisfacciones saludables y convenientes; teniendo atención á la naturaleza de los pecados y á la flaqueza de los penitentes, no es que se imponen á culpas graves penas ligeras, se hagan culpables ellos mismos, y participen de los pecados de aquellos á quienes tratan con tanta indulgencia.

¡Ay pues de aquellos ministros fáciles y ligeros, que en vez de tener derecha la balanza del santuario que les ha

confiado el Señor, la dejan inclinar por una condescendencia natural y humana! ¡Ay de los que son tímidos y cobardes y se dejan dominar por la autoridad y la grandeza, y no tienen la fuerza de guardar en sus juicios la superioridad que les da su ministerio! Mas no permitiré al Señor en sus ministros abusos alguno de esta clase.

No es menos necesaria y útil esta satisfacción al penitente; la obligación es mutua. La misma ley que obliga al confesor á imponer una pena, obliga al penitente á aceptarla, y es mas estrecha para el que le ha hecho y porque le es mas útil pagar con ligeras penas en esta vida las graves que padecerá sufrir en la otra. Por donde se ve que les es provechoso cumplir la penitencia.

Algunos pretendieron que el sacerdote no puede ni debe absolver al penitente sino después que este haya cumplido las penitencias que se le impongan; pero la Iglesia ha condenado este error, y el uso contrario está establecido. El confesor oye al penitente, se asegura cuanto puede de sus disposiciones, en especial de su contrición y su propósito, le da los consejos que tiene por conveniente, le impone la penitencia que le parece, y si no hay nada que le detenga le absuelve; esta es la práctica ordinaria. Es verdad que puede haber ocasiones y circunstancias en que sea prudente diferir la absolución hasta que ciertas obligaciones se hayan cumplido; por ejemplo, ciertas restituciones de dinero ó de fama, ciertas reconciliaciones á otros ejercicios que pueden disponer mejor al penitente y asegurar mas al confesor de sus promesas; pero estos son casos particulares que la Iglesia deja á su dirección.

No hay duda en que aquel penitente siempre que pueda debe cumplir la penitencia que el confesor le impone; pero es posible que este no conociendo el estado de una persona, sus empeños, sus facultades, su complexion natural ó la flaqueza de temperamento, le mande cosas moralmente imposibles; pero como Dios no ordena lo imposible ni la Iglesia exige jamás lo que excede á las fuerzas humanas en este caso el penitente tiene derecho para presenciar y excusarse, no con la idea de eximirse de toda penitencia, sino para que aquella que no le es posible cumplir, le sea cambiada en otra igual si puede ser, pero que sea practicable. Esto es justo y no hay nada en ello que se oponga á la prudencia evangélica ni á la prudencia cristiana.

Pero hay en esto una grande ilusión, que es casi universal entre las gentes del mundo, ilusión que crece todos los dias á proporción que la herejía se enfria y que el imperio de los sentidos se extiende, ilusión que los ministros de Jesucristo no podrán destruir si no se arman con toda la firmeza del celo apostólico, ilusión que consiste en imposibilidades imaginarias de que se quiere aprovechar para negarse á todo lo que puede cautivar el espíritu y mortificar la carne; en una palabra, á todas las obras que pueden satisfacer mejor y mas meritorias voy á explicarme.

El ministro de la penitencia ejercita dos funciones á un tiempo, la de juez y la de médico de las almas: como juez castiga, como médico cura. Así las penitencias han de ser expiatorias y medicinales; las primeras son por lo pasado, y para pagar á Dios las deudas que ha contraído el pecador; las segundas son para lo venidero y para desarraigat los malos hábitos, y preservar de las recaídas. Estos son los fines que propone siempre el confesor y que jamás

puede perder de vista en las penitencias que impone. Como los males se curan con sus contrarios, como no se puede mejor expiar lo hecho ni preaverse mejor para lo futuro que con obras directamente opuestas, á fin de que sus penitencias sean mas saludables, impone por ejemplo á pecados de avaricia, limosnas; á resentimientos y venganzas, demostraciones de amistad y servicios; á escandalos y disoluciones, ejercicios públicos de religión; á relajaciones impúdicas, maceraciones, abstinencias y ayunos; al amor del mundo y de sus diversiones profanas, retiro, silencio y oración; así de todos los demás.

Y ved aquí lo que la mayor parte de los penitentes llama rigor. ¡Y por qué? Porque todo eso affige y sujeta; porque quisieran huir de la pena y de la sujeción; porque todo es contrario á las pasiones, y que no quieren contrariarlas en nada, ni hacerlas la menor violencia; porque todo eso mortifica los sentidos y porque no tienen valor para privarse de ninguna de sus comodidades. Mandar á un hombre ó á una mujer del mundo que deje el juego, que se retire de los espectáculos ó de ciertas amistades; decir á un interesado que haga limosnas, á un vengativo que perdona, á un soberbio que se humille, á un sensual que reprima sus apetitos, á un percozoso que trabaje, á un disoluto que cumpla con las obligaciones de cristiano, que vaya á oír la palabra de Dios, que lea buenos libros, que asista á los oficios divinos, y darle sobre esto reglas ó imponerle leyes, es hablarle una lengua extranjera, es en la opinion de ellos pedirles mas de lo que pueden, no conocerlos y no saber dirigirlas. Si el confesor firme no quiere revocar la penitencia que haya impuesto, se le acusa de un extremo rigor, se le trata de hombre rústico, que no tiene ningún tipo del mundo ni sabe distinguir de personas. ¡Error miserable únicamente fundado en el desarreglado amor propio y en la presunción que nos ciega.

Lo que nos ordena el confesor es con razón y cordura; pero no importa, el pecador lo tiene por una carga muy pesada, no se hace cargo de que es penitencia y que es preciso sufra trabajo y austeridad. Replica que no está acostumbrado á esos ejercicios; pero es baco que se acostumbre, y precisamente se le imponen para este fin. Añade que de mejor gana aceptaría cualquiera otra penitencia, pero toda otra le convendría menos. Es justo sea castigado por donde ha delinquido, y este puede ser el remedio específico contra la inclinación que le sucede. ¡Será pues menester, conculque, que yo mude el orden de mi vida! Sin duda. ¡A qué se viene al sagrado tribunal sino á reformarse y mudar de conducta! Pero yo soy de muy débil temperamento. Haced la prueba, quizá vereis que no sois tan débiles como os imagináis, y cuando fuera cierta vuestra debilidad, podría obligaros á usar de moderación, pero no á dispensaros por entero de toda mortificación y penitencia. Dice por fin: Jamás podré sujetarme á lo que se me propone. No podréis porque no queréis; pero debéis quererlo porque Dios lo quiere, Dios que no os juzgará por los fútiles pretextos que alegáis, sino por su ley y su santa voluntad.

Es increíble, señor, que siendo indispensable satisfacer á la justicia de Dios y teniendo tanto interes en librarnos de sus castigos, y padriendo conseguirlo á poca costa con las ligeras mortificaciones de esta vida, tengamos tanta dificultad en aceptar los medios que su misericordia nos pre-

senta. No hay pecado que no merezca lágrimas eternas, ni satisfacción que fuera suficiente si Dios usara con rigor de todos sus derechos; ¡y no atreveremos á quejar del exceso de las penitencias! ¡Puede haber en la tierra alguna que pueda equivaler á las que Dios nos puede imponer segun justicia! Todo esto nace de que no consideran la gravedad del pecado ni las penas que merece.

No obrará así el que considere la grandísima infinitud de Dios, la multitud de sus beneficios, la severidad de sus juicios, su propia bajeza, su ingratitude á tan soberana Majestad, lo que puede esperar de su amor; y lo que debe temer á su justicia. Entonces verá las gracias de que es deudor al Señor por haberle dado en la confesión un recurso para levantarse de sus caídas y una tabla para salvarse del naufragio. ¡Cuánto le importa no dejar arraigar el pecado en su corazón y lavarle prontamente con las aguas de la penitencia! ¡Qué ventajas no produce su frecuencia, pues sirve á purificarnos mas y mas, á mantenernos en gracia y aumentarla! ¡Con qué sumisión debemos oír al confesor que nos habla en nombre de Dios, sea que nos reprenda, que nos exhorto, que nos instruya ó que nos aconseje! ¡Con qué constancia y fidelidad debemos hacer cuanto nos mande, por mas que nos mortifique, creyendo con San Bernardo, que cuanto menos nos perdona en esta vida, tanto mas hace para que se nos perdone en la otra, y que su severidad no es un motivo para dejarlo, y lo sería el que nos tratase con mas indulgencia, ó que quisiera llevarnos por camino mas cómodo!

Señor, no olvidéis jamás, tened siempre presente que la malicia del pecado debe expiarse en esta vida ó en la otra. Dios perdona al pecador arrepentido la culpa, y le dispensa de las penas eternas; pero no siempre de las temporales, y es indispensable que aunque muera en gracia, satisfaga á la justicia divina en el purgatorio hasta que quede perfectamente purificado; pero su misericordia le da el medio de librarse de estas penas, que son muy graves, con las buenas obras y penitencias que puede hacer en esta vida. Esta es la doctrina de la Iglesia católica.

Los protestantes nos acusan de faltar con ella á la confianza que se debe á los méritos de Jesucristo, que siendo infinito parece nos dispensan de sufrir por la expiación de nuestros pecados. Nadie conoce mejor los infinitos méritos del Salvador que su esposa santa nadie los reclama con tanta confianza y humildad; pero sabe tambien que los que piensan que no estamos obligados á expiar nuestros pecados con nuestras propias penitencias, porque Jesucristo ha satisfecho á la justicia divina derramando toda su sangre, como si hubiera querido descargarnos con ella por entero, estos tales ni conocen el mérito de este precioso sangre ni la naturaleza de nuestros males, y son como los que le blasfeman cuando estaba crucificado.

¡Que hejo ahora de la cruz, decían, que se salva á sí mismo, entonces creveremos que pueda salvar á los demás. Si es hijo de Dios, que haga este prodigio y creveremos en él. Así hablaban los que estaban cerca, sacerdotes, senadores, pueblo, soldados, y hasta uno de los malhechores que padecía el mismo suplicio. Todos repetían insultos tan inhumanos; ¡y por qué? Porque los pecadores no conocen otro mal que la pena, y no saben que el único mal es el pecado. ¡Qué diferentes eran los pensamientos del Justo, que sufría, y sufría hasta la muerte de cruz. A



sus ojos el pecado era el único mal, y supuesto el pecado, la penalidad, el sufrimiento y la obediencia que le expiaban, lejos de ser un mal eran un grande bien.

Reformen pues los protestantes sus ideas y tengan otras más dignas de Jesucristo y de los que le adoran. El precio de su adorable sangre no deja de ser infinito, porque vertió hasta la última gota y porque se hizo obediente no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de cruz. No dejaron de ser infinitos los méritos de sus lágrimas, oraciones y deseos, porque no contento con esto, no obstante que una lágrima suya hubiera bastado para redimir mil mundos, quiso por su inmensa caridad que su sacrificio fuese entero y llegase hasta los más excesivos tormentos, hasta la muerte más cruel, y hasta la total efusión de su sangre adorable. ¿Cómo pues perderán su valor porque haya querido que cada uno de nosotros junte con los dolores del Señor los suyos propios?

Sacredas ideas que deben desterrarse de los corazones que adoran a un Dios Redentor, y que como he dicho, no tienen más principio que la ilusión del amor propio. Nuestra ceguedad no ve que para el culpado el pecado es el único mal, y que el dolor que lo expía es el solo bien verdadero. Jesucristo no ha sufrido para desahogarnos de toda pena, sino para desahogarnos del pecado y de la pena eterna que merece. Con sus dolores y su muerte nos ha dado los medios de ofrecer a Dios las penas temporales que sufrimos por nuestros pecados. Les da valor, santificándolas cuando las soportamos con paciencia según su espíritu y cuando las unimos con sus sufrimientos. Estas son las que por su mérito infinito hacen que los nuestros sean un sacrificio de expiación digno de Dios.

Nuestros todos sin excepción somos pecadores, como tales estamos condenados al suplido, que es la muerte, todos la sufrimos por él, no hemos recibido la vida sino con esta condición. La vida misma es el camino que nos lleva a este término mientras nosotros llegamos al suplido, cada uno carga con la cruz en que debe expiar. Este cuerpo que se va desmoronando, estas enfermedades que nos debilitan, estas aflicciones, estos reveses de fortuna, este mundo que nos engaña de tantos modos y que tantas veces nos hace pasar de las locas alegrías que nos trasportan sin razón, á los disgustos y pesares que nos abaten sin medida, son la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Podemos á nuestro arbitrio unirla ó separarla de la cruz de Jesucristo; pero este Redentor no nos dejará de ella, pues no baja él mismo de la suya propia.

La Escritura dice (1): Que un yugo pesado se ha puesto á los hijos de Adán desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, y que la sentencia que el Eterno pronunció contra los pecadores cuando les dijo: *Moriréis*, se ejecutará en todos irrevocablemente y sin distinción. El justo, el inocente, el santo morirá como los pecadores. El buen ladrón morirá sobre su cruz, como el malo sobre la suya. ¿Cuál es la única diferencial? Volad aquí.

El pecador impenitente, que no conoce otro mal que la pena, tampoco conoce otro bien que el librarse de ella. Salváste, dice á Jesucristo, y salvámos también. Esta es la imagen de todos los que ignoran qué mal es el pecado, y que tienen por mal aquello que le puede expiar. Si Jesu-

cristo fuera pontífice de los bienes presentes y quisiera librarnos de la muerte asegurándonos la tranquila y pacífica posesión de los honores y placeres de esta vida, todos correrían á él y se apresurarán á reconocerlo por su Dios Salvador. ¡Pero si hiciera esto la sería! ¡No aumentaría nuestros males! Pues estos no consisten sino en el apego del corazón á bienes pasajeros, cuyo amor debía del que se debe á Dios. Nosotros moriríamos del mismo modo, cada cual expiraría sobre su cruz, pero sin penitencia ni provecho para la vida eterna, porque en aquella disposición es imposible unir la propia cruz con la de Jesucristo. ¿Quién es el que la une? Aquel que no conoce otro mal que el pecado, aquel que no estima otro bien sino lo que puede expiarle, y que desea por su parte contribuir á la satisfacción que debe á Dios por sus delitos.

Porque, señor, ¿qué es un cristiano? Es un hombre que desde el primer paso que dió en la religión, fué marcado con la sangre de la víctima santa, y consintió desde entonces á ser él mismo una víctima que ofrece á Dios su propia vida para obtener por esta oferta la expiación de sus pecados. Toda su vida debe anunciar y preparar este sacrificio. Participando de los santos misterios se alimenta de la carne adorable del Cordero para presentar con él á Dios su propio cuerpo, y lleva sobre sí la mortificación de Jesucristo para mostrar que su confianza la pone en la muerte del Señor. Y de aquí ¿qué debemos concluir sino que Jesucristo no ha sufrido para eximirnos de todas las penas del pecado, sino para hacer que nos sean útiles?

De estos principios resulta que la satisfacción ó la penitencia cristiana exige de nosotros tres disposiciones. La primera el pensamiento de la muerte y la resolución de prepararnos á ella, ofreciendo á Dios nuestra vida como la pena principal del pecado y como el sacrificio que debe consumar nuestra penitencia. En los días de nuestro exilio y perveración y cuando éramos esclavos del pecado, procurábamos desterrar su memoria, que nos era intolerable, y no pudiendo disimular que éramos mortales, trahíamos á lo menos de alejar esta idea de nuestro espíritu, para que con su amargura no turbase nuestros placeres. El arrepentimiento debe destruir esta ilusión y debe hablar en esta memoria el motivo de su penitencia. Debe tener á la vista la muerte para juzgar por ella de sí mismo y de todo lo que le rodea. Este pensamiento debe decir de sus concupiscencias, placeres, proyectos y negocios, y debe ser la única regla de nuestra conducta; y así los Padres han dicho que la muerte era el alma de la penitencia cristiana.

La segunda es la resignación y paciencia que debemos prepararnos á sostener con humildad y sufrimiento todas las pruebas á que nos exponga la Providencia; porque si á ejemplo de nuestro Maestro debemos ser obedientes hasta la muerte, y si solo por esta obediencia unida con la suya podemos expiar nuestros pecados, ¿cómo nos debemos sufrir con sumisión las aflicciones ó desgracias que Dios quiere enviarnos, y que debemos mirar como preludios ó preparativos de nuestro sacrificio? Por esto el concilio de Trento ha declarado que estas diferentes penas son parte de la satisfacción que debemos á Dios cuando las sufrimos con el mismo espíritu que Jesucristo.

En fin, la tercera disposición consiste en mirar y tratar nuestros cuerpos como víctimas destinadas á la muerte,

acostumbrándonos á privarse de todo lo que no les es absolutamente necesario, quitándoles lo que no puede servir más que á llenar su sensualidad, principalmente aquello que es abstruso. Ved aquí la satisfacción que debemos á Dios, y esta debe ser en nosotros el efecto de la sangre preciosa del Cordero, que no la derramó para librarnos de la penitencia, sino para que esta nos sea fructuosa; y si los penitentes no tienen estas disposiciones, á lo menos en algún grado, no pueden esperar satisfacer la divina justicia.

Pero, padre, le dije yo, ¿una satisfacción tan rigurosa es de todos los estados y podrá practicarse en todos? ¡Conoceis, señor, respondió el padre, conozco algún estado en que no se muera ó en que se esté seguro de salvarse! Si no le hay, señor, no puede haber ninguno en que se dispense este precepto del apóstol: "Os ruego, hermanos, que ofrecáis á Dios vuestro cuerpo como una hostia santa, viva y agradable á sus ojos." ¡Hay estado, condición ó fortuna en que no debamos tener nuestro cuerpo crucificado con Jesucristo, y en que no estemos obligados á ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra vida? Porque ¿cuál es el estado en que está miserable carne no envejece, en que no está sujeta á mil enfermedades de toda especie? ¿Qué estado hay sin cruces, reveses, penas y aflicciones? ¡Y en qué estado puede pertenecer uno á Jesucristo sin crucificar su carne con sus deseos y concupiscencias! Si le hubiera, se podrían dar otras reglas de satisfacción; pero pues no le hay ni le puede haber, es indispensable sujetarse todos á la ley evangélica.

No hay estado en que no se muera; por consiguiente no hay estado en que no se deba pensar en morir y en que no sea la mayor locura olvidar un momento tan cierto como capital y decisivo. La mayor hermosura de la religión cristiana es que se ve toda entera cuando se medita en presencia de lo que hay más cierto, que es la muerte. Un filósofo pagano dió una máxima de que no era digno: *Toda la vida se ha de aprender á morir*. Y aun no basta toda la vida para aprender este arte importante.

Sin duda que no basta. Pero aun es más clara esta verdad para un cristiano que sabe que su muerte es un sacrificio que ofrece á Dios por expiación de sus pecados, pero que no es digno de Dios si no es semejante al de Jesucristo; que este sacrificio no se puede ofrecer más que una vez, y que si no le ofrece de manera que su muerte se una con la de Jesucristo, quedará cargado de sus pecados por toda la eternidad. ¿Qué pensamiento, señor! ¿Puede haber otro más digno de ocuparnos? Y cuando á esta idea que deben tener todos los cristianos se junta la necesidad que tiene el pecador de expiar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie, ¿puede haber penitencia ni verdadera satisfacción sin estar animado con el pensamiento de la muerte y en la resolución de prepararse á ella, y sin mirarse como crucificado con Jesucristo para destruir el cuerpo del pecado?

Pero como no solo se muere, sino que no hay estado que no tenga en la vida amarguras, cruces, penas y reveses, todo esto debe servir para expiar nuestros pecados, y la sumisión y paciencia con que lo debemos sufrir todo, puede ser parte del mismo sacrificio. El mal ladrón que sufrió al lado de Jesucristo, hubiera podido hacer que sus dolores expiasen sus delitos. No sufrió menos por haberle desconocido y blasfemado; sufrió más porque sufrió sin consuelo ni esperanza, y esta es la imagen de los que aman al mundo. Su-

fren, y sufren más que los verdaderos penitentes, que perseguidos al fin ladrón reconocen con él que no sufren nada que no hayan merecido, y esta humilde confesión endulza sus penas, se alivian con la confianza que tienen en Jesucristo y no padecen sino lo que es necesario para el sacrificio, con la esperanza de que presto irán con él á su reino.

En fin, como no hay estado ó condición en que por un efecto del pecado la ley de la carne y de los sentidos no ejerza su tiránico imperio, y como la ejerce con más furor en medio de la abundancia de las riquezas, distinciones y placeres, no hay estado tampoco en que la penitencia y mortificación sean más necesarias; y los estados que quisieran ser más dispensados, son los que pueden serlo menos.

Sería singular que solo debieran sujetarse á esta ley tan necesaria como anstera aquellos cuyo estado por sí mismo es un estado de penitencia y de trabajo, aquellos que para satisfacer á Dios no necesitan de ordinario más que soportar con paciencia las penas, angustias y necesidades de que se ven cargados, y que los grandes, los ricos del siglo, es, es clavos brillantes de las pasiones más voraces y cargados más de dolores, que de bienes, no hubieran menester hacer penitencia, sino gozar en paz de las dulzuras de la vida, no negar nada á los deseos de su corazón, entregarse sin escrúpulo á las delicias de una dulce abundancia donde ejercen sin término el orgullo, la impiedad, y el desprecio de toda ley. Estas ideas no son compatibles con la religión de un Dios crucificado. Si ha sido necesario que él mismo sufriese para entrar en la gloria, no será insultar á su religión y al mismo Jesucristo querer entrar en ella por camino diferente del que él mismo enseñó y siguió?

En vano se opondrán á estas verdades las leyes del mundo y su falta de ciencia; pues no seremos juzgados por ellas, sino por el Evangelio, y el Evangelio es igualmente para los grandes, pobres y ricos; si estos no se sujetan á sus leyes, tampoco los alcanzarán sus recompensas. El mundo pasa, y pasan con él, dice el apóstol, sus leyes y concupiscencias; pero la ley de Dios no pasa y es eterna. Cuando el mundo ya haya pasado y que el grande se vea á solas con su Dios, no tendrá allí más que sus pecados y suplicio. Si con esta no ha satisfecho á Dios, Jesucristo pronunciará su sentencia. ¡Y qué leemos en que Jesucristo se no amenazas terribles contra esos estados que quisieran ser dispensados de la penitencia! El mismo Jesucristo dice: ¡Ay de vosotros, ricos de la tierra que tenéis vuestro consuelo en el mundo y reís; porque vosotros llorareis. ¡Ay de vosotros! dice un profeta, que os preguntáis unos á otros: ¿qué haremos mañana? Porque vuestra inutilidad no os ha permitido saber lo que debéis hacer hoy. Esto merece, señor, toda la atención de los ricos y de los grandes.

Pero veamos cuáles son estas leyes y decencias del estado que pueden ser contrarias á la penitencia. ¿Qué peso hay que arruina, esas delicias que no conocen límites y multiplican sin fin las necesidades de la imaginación, esas profusiones de la mesa, esas delicadezas del gusto, esas sensualidades exquisitas, esa atención pueril á preservar de las incomodidades más ligeras, esas diversiones incesantes, esos afanes fútiles, y para decirlo en breve, esa vida de capricho y fantasía en que la única regla es no tenerla y abandonarse á todas las licencias del anteojo, sea ella por ventura la ley y la decencia del estado?

Esos es confundir la grandeza con lo que la deshonra, es

(1) *Eccii. XL, 1.*



ponerla donde no está. La grandeza no consiste en gustos locos; en fusto, en orgullo ni soberbia, sino en tener virtudes; en aplicarse á ser útil á los demás hombres. Los que son mas distinguidos por sus culpas ó por su nacimiento, deben ser mas virtuosos, y cuando lo son, el mundo los deja la licencia de ser penitentes y cristianos. Aunque él es muy injusto, no lo es tanto que no respete la virtud, y jamás condena la devoción y la sincera penitencia; lo que condena es los defectos de los que tienen ideas falsas, tanto de la virtud como de la grandeza verdadera.

El que fuere mas grande ó se viere mas elevado en el mundo, puede echar los ojos sobre una nube de testigos que desmenten los vanos pretextos que se oponen á la penitencia. Dios, que no excluye á nadie de su ley, ha querido que la sociedad de sus santos se componga de todos los estados que hay en el mundo, para oponer á estos pretextos frívolos una ley nueva que los condene sin excepción y sin réplica. Que corra con la vista las edades y los siglos, y hallará en ellos santos de todo estado y de toda condición; pero no hallará ninguno que se haya santificado en la vida regalada, en la futilidad, en las diversiones y placeres. Ninguno ha creído que su estado le dispensase de expiar sus pecados y de satisfacer á Dios con la mortificación y penitencia. Así, todos estos pretextos del estado son frívolos. Si no hay ninguno en que el hombre no sea pecador, no puede haberle en que no esté obligado á ser penitente, y debe serle mas cuanto ha sido mas pecador; porque debe expiar mas y evitar con la mortificación el peligro de nuevas recaídas. El conde de Trento dice que la penitencia no solo sirve para satisfacer por los pecados pasados, sino para impedir los futuros; y san Pablo explica que por ella el viejo hombre se deshace en nosotros con Jesucristo, no solo para que destruyamos el pecado, sino tambien para que no volvamos á su servidumbre.

Padre, le pregunté, ¿la recaída del es señal segura de que la conversión no ha sido verdadera, y que la confesión no ha sido buena? Señor, me respondió, el hombre es tan inaberrable, su naturaleza es tan caduca, y tan instable su corazón, que por mas justo que sea en un instante puede caer en pecado. Así, la desgracia de caer no es señal segura de que no fuere justo antes de la caída; pero tambien es menester confesar que la vida cristiana no es compatible con esta vicisitud continua de pecados graves y de arrebatamientos, de recaídas y de absoluciones. Esta ilusión, aunque común, no deja de ser la mas grosera de todas y la mas propia para perder á los cristianos y conducirlos á la impentencia final. La recaída pues no es prueba absolutamente cierta de que la conversión ha sido falsa; pero cuando es pronta, frecuente, es una señal muy peligrosa.

Porque en efecto, ¿qué es la conversión? Acordaos de lo que hemos dicho de la contrición, sin la cual no hay conversión verdadera. Acordaos de que el conde de Trento la ha definido: Un dolor del alma, dolor que debe ser sobre todo dolor. Un odio del pecado, y qué odio! Tan grande, tan perfecto, que debe llegar á la detestación; que debe inspirar mas oposición y repugnancia lo que pudiera hacer el mayor mal; odio que debe estar en el corazón no como efecto de una impresión de la naturaleza sino como un movimiento sobrenatural del espíritu de Dios, pues habiendo derramado en él la justificación y la gracia,

debe ya ser una disposición habitual, estable y permanente. Todo esto es de fe; y ahora digo yo: Si el odio que ha concebido por el pecado el que recibió el sacramento de la penitencia no ha sido de esta especie, es cierto que no recibió el perdón de sus pecados, que su conversión fué falsa, que sus protestas fueron fingidas y que no hizo otra cosa que abusar del sacramento.

Sobre estos principios es fácil que cada uno se juzgue á sí mismo. ¿Quién puede creer que uno vuelva fácilmente á lo que aborrece y detesta tanto? Si nos cuesta tanto trabajo determinarnos á hacer aquello á que hemos concebido odio y aversión natural, ¿qué dificultad no debemos sentir para volver al pecado cuando nuestra conversión es sincera? Porque si es tal, no solo debemos detestarle mas que todo, sino que este sentimiento está sostenido por la impresión sobrenatural del Espíritu divino en nuestros corazones. Aquel pues que después de haber recibido la absolución vuelve á ofender á Dios con facilidad, con prontitud y con frecuencia, puede sacar la consecuencia que resulta. Ella es triste. Tampoco me atrevo á darla como infalible pero me parece que funda una terrible presunción y que á lo menos el que fuere tan débil tiene motivos para recelar que en vez de haber recibido la gracia del sacramento, le ha profanado con una conversión que no era mas que aparente.

Por otra parte, no hay mal á que no expongan las recaídas. El primero que es tambien causa de todos los demás, es la cobardía y temor de ánimo. Este es un efecto inevitable, porque por mas que el pecador se diga á sí mismo ó se le diga que el hombre es débil, que la religión le presenta un remedio nuevo, por mas que busque razones con que sostenerse, un instinto, á la verdad poco claro pero muy suficiente le dice, que el temer semejante conducta es desprestigiar la religión y lo que hay en ella mas sagrado; y como no siente en sí la fuerza ni el valor de tener otra mas ajustada, como no ha hecho bastantes esfuerzos para sostenerse ni ha tomado las precauciones convenientes para establecerse sólidamente en la virtud, se imagina que esto es imposible, que jamás podrá mantenerse con la firmeza necesaria para vivir sujeto á la ley, y con esta falsa idea se cree incapaz de guardar las obligaciones de cristiano, y así no es extraño que en esta disposición no haga ningún esfuerzo, y que con esta especie de desprecio se abandone á su inclinación natural.

El segundo mal es la dureza del corazón: los pecados se multiplican, las luces se apagan, los recordatorios de la conciencia se emboran, sus estímulos no son tan vivos, las verdades cuya impresión nos había hecho tanta fuerza, se desvanecen, se debilitan, y á fuerza de hacerlos inútiles nos dejan insensibles. El Espíritu Santo contristado se retira, se aleja de nosotros, no vuelve mas, y si no hemos llegado todavía al fondo de este abismo en que los ímpios se ríen de sus peligros porque no los ven, estamos ya muy cerca.

El tercer mal de las recaídas es la cólera de Dios que se irrita, y es posible que sea sin recurso. ¿Quién no temblará cuando se acuerda de esta medida que se llena, de esta paciencia que se cansa, y de este justo Dios que ha declarado que después de haber aguardado al pecador vendrá el momento en que no lo aguardará mas y se retirará de él? No permita este Dios, que tambien lo es de misericordia, que nadie pueda hacer tan terrible juicio de sí mismo. Esto

sería el mayor de todos los delitos y el temor de este estado es una prueba de que no se está en él.

¿Pero quién no temerá todo lo que encamina á fin tan desgraciado? Y nada puede encaminar tanto como las recaídas después de haber recibido el sacramento de la penitencia. ¿Qué hay en efecto mas capaz de irritar á Dios que este sacrilegio perjurio? Antes de dar la absolución el ministro que la dió al pecador en nombre de Jesucristo, recibió de él la promesa solemne que no volvería á pecar. No se la hubiera dado sin esto ó si hubiera podido prever que sería infiel á su palabra. El pecado, pues, ha engañado al ministro; pero tambien ha engañado á Jesucristo, pues allí ocupó su lugar y le hablaba en su nombre. ¿Con qué fidelidad y religión debía observar una promesa de que Jesucristo fué depositario y que le hizo al pié de su cruz?

Si cuando este divino Redentor se sacrificó por nosotros hubiéramos podido ser testigos de tan terrible espectáculo, si penetrados de dolor por ser la causa de su sacrificio nos hubiéramos echado á sus piés para pedirle la absolución de aquellos mismos pecados, porque su inmensa caridad padecía, fuera posible que olvidásemos la gracia que nos dispensaba? ¿Qué otra cosa hacemos cuando nos echamos á los piés del sacerdote, y de qué nos servirá esta humillación si no la hacemos con el mismo espíritu?

¡Ay, señor! vos que os preparais para este momento tan dichoso, llenas de este pensamiento, y cuando llegue el feliz instante, tend presente que Jesucristo sufrió con su carne y murió por vos. Postrados á los piés del Dios salvador que ofreció un sacrificio tan doloroso por salvarnos y que no derramó su sangre sino para curar las heridas de vuestra alma, pensad que en la persona de su ministro es él á quien habláis, es él á quien pedís la absolución de vuestras culpas, es él á quien pedís la absolución de vuestras culpas, que han sido tanto tiempo vuestros tiranos.

La cruz de este Dios está llena de fuerza contra ellos, es una arma muy poderosa para combatirlos y vencerlos. ¿Qué no podréis con ella! Si Jesucristo por ella triunfó del mundo y del pecado, quiere ser por consiguiente la salud de vuestra alma. Así para conseguir esta gracia exponed la horrible tiranía que ha ejercido contra ella el demonio. No le disimuleis nada. El exceso de vuestros males ensalzará mas su misericordia; pero no olvidéis, Señor, que tan grandes gracias concedidas al pié de la cruz, y que son el fruto de la sangre de Jesucristo y la prueba de su inmensa caridad, exigen de vuestra parte una gratitud limitada y sin término, y que para cumplir con tan estrecha deuda debéis consagrarle inviolablemente todos los dias que os restan de vida, que debéis clararos en su cruz, unir os con él, ofrecer vuestro cuerpo como una hostia penitente que se inmola con la suya, para que vuestro espíritu viva con el suyo en la eternidad.

Que la vista de vuestros muchos y enormes pecados no os amedrente, que vuestra indignidad no os acobarde; si no podeis dudar que sois el hijo pródigo, acordaos de la clemencia de tan buen padre, tend presente que este padre amoroso amaba á su hijo, aunque rebelde, con tanta ternura, que no esperó á que se echara á sus piés, sino que luego que le divisó corrió para salirle al encuentro, y que antes de darle tiempo para pedirle perdón, se arrojó á sus brazos para besarle y abrazarle, y en lugar de reprenderle

y censurar su conducta, solo se ocupó en darle órden á sus criados para que hiciesen todo lo que convenia para manifestar el regocijo por su vuelta. Acordaos del anillo, de la ropa, del festín, de la música y sinfonías con que caracterizó y dió muestras de la alegría de su corazón, hasta el extremo de despertar la envidia de su hijo mayor, que aunque siempre sometido, no había visto jamás tantas muestras de satisfacción en premio de su buena conducta.

Ved tambien como este hijo penitente se arrojó á los piés de su padre, y cómo se admira, cómo se sorprende de una bondad que no se cansa, cómo alaba, promete y adora; en una palabra, cómo se entrega á los mas vivos sentimientos de una gratitud que es tanto mayor cuanto se reconoce mas indigno. El concepto que tiene de su ingratitude es tan fuerte, que le dice: Padre, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, tráteme como no á uno de tus criados. Pero no penséis por esto que renuncia la calidad de hijo; no, antes por el contrario, esto es lo que mas desea.

Observad cómo cuando le confiesa sus culpas, empieza dándole el dulas nombre de padre. Es la humildad la que le hace hablar así, es el conocimiento y el profundo dolor de su mala conducta. Se reconoce indigno de ser su hijo, pero no á ja de llamarse padre. No dice que en adelante no sea mas de su criado, sino solo que le trate como tal; esto es, que si el padre quiere para castigarlo ó para probar la sinceridad de su conversión tratarse como uno de sus criados, está pronto á pasar por todo; pero conserva en su corazón la esperanza de que su clemencia, su atención, su fidelidad y su amor le obtendrán su perdón por entero, y que el padre distinguiéndolo de los demás criados, le restituirá el nombre y la calidad de hijo suyo.

Por mas que el pecador reconozca su indignidad, no debe olvidar que es hijo, que fué criado á la imagen de Dios, que fué redimido con la sangre de Jesucristo, y que fué coheredero de su eterna gloria. Es verdad que por el pecado ha perdido el derecho de ser llamado hijo de Dios; pero así como el dolor de haber perdido este derecho debe ser el mayor de sus dolores, así el deseo de su recobro debe ser el mayor de sus deseos. Su mas alta y mas fundada esperanza en el sacramento de la reconciliación, es que le vuelva este espíritu de adopción divina que da derecho á la celestial herencia. Esta sublime calidad de hijo de Dios á que aspira, es precio del sacrificio eterno de Jesucristo, y nos ha sido adquirido con su sangre. El pecador es indigno de ella, pero Jesucristo es digno de que por sus méritos y mediación se le restituya, pues no la ha ganado sino para él.

Este pues debe, señor, ser desde hoy el único objeto de vuestros anhelos. Ya hemos hablado de lo que es necesario para obtenerle por medio de una buena confesión. Ya hemos dicho que para esta lo sea es menester que la acompañen cuatro calidades: contrición, confesión, propósito ó resolución y satisfacción. No nos queda otra cosa sino que acabéis el examen y la declaración de vuestra conciencia; pero sobre todo, porque esto es lo mas esencial, que procureis elevar vuestro corazón al Señor, implorando su misericordia y pidiéndole es de vivos sentimientos de compunción.

El padre se fué, Teodoro, y á fin de no hacerlo esta relación mas dilatada, le diré en pocas palabras que nuestras conferencias duraron otros ocho dias mas, que por las ma-



haces continuamente el exámen de mi conciencia, hasta que en fin pude acabar de revelar á los pies del generoso amigo que me habia destinado la divina Providencia, todos los desvaros y dolores de mi inmundada y abominable vida, que por las tardes continué instruyéndome unas veces de cosas necesarias, exhortándome otras á despertar en mi corazón

los sentimientos que debían acompañarle en tan santa y relevada seccion, y que en fin, llegó el día que el Dios de misericordias habia destinado para la resurrección de un miserable; pero esto será asunto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

## CARTA XXV.

### EL FILOSOSO A TEODORO.

Teodoro querido: Al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el de mi libertad y adopción en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad que encubría después de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me habia dicho: Vuestra reconciliación con la santa madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesión está hecha, y os habeis acusado ya á Dios en la persona de su indigno ministro de todas las iniquidades que después de un prudente exámen habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debéis pensar sino en recibir la absolución con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo y por su gracia ya nos hemos desembarazado de esa atención, que ocupa mucho y seca el corazón por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se le han borrado, me parece, digo, que ahora debéis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compunción, para pedir con el profeta, que os sustenten en ellos con el pan de vuestro dolor, y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su sagrado tribunal un corazón tan pasuroso de haberle ofendido como resultado á no ofenderlo mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfacción que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponia, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolución.

¿Cómo te pintará, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable apóstol de la caridad? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y andágoles al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes, y rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedía que los acompañase con su omnipotente mediación; ya lanzaba de su corazón suspi-

ros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecía que afectos tan vivos no podían dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oración podría unida con la suya elevarse también hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Judea y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el pobre de Belén hasta el sacrificio del Calvario, y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos y renovarme el propósito y resolución de reformar mi vida.

A veces invocaba á María la madre de Jesús, á José su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovación y nos ayudasen á dar gracias á Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciendo la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días, que alcanzarán á este ángel incomparable una preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del día que debía alumbrar la resurrección de un muerto y en que se asombraron todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Mi padre mas temprano lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto es siempre venerable y que en su aire y modo de presentarse se manifestaban de continuo la modestia, dulzura y circunspección que producen en los que le miran una impresión viva de su virtud, me pareció que aquel día se habían reforzado estas excelentes calidades y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de unción y de santidad.

Me dijo que le siguiese á la capilla y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno

suplicio, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí desparavido y alterado. El entró á la sacristía, se revestió de los vestidos sacerdotales y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo mas tiempo en el altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dado que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos y vi los suyos empapados de lágrimas, que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigían á Dios una oración fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmoción que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto y el corazón se me quería salir del pecho para seguirle en el raptó, con que volaba en el suplico. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas y me puse á sus pies, me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro y le represento. Vos me habeis hecho confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y parecéis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para ponerlos en la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar, abrazados en espíritu con ella, y unidos á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibáis la aspersión de la sangre adorable que la inmensa caridad del Dios hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador, para rociarlos con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oír estas palabras; pero él me dijo: No temáis, señor. Vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderlos. El es vuestra vida y no podéis hallarla sino en él. Uníos pues con esa cruz en que la caridad de Jesús se ha crucificado, y llorad abrazado con ella los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones: Dios por su bondad os concede su horroroso aspecto para que no desfallezcáis; pero si queréis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved cómo han puesto al Hijo Unigénito del Eterno Padre, y considerad cuáles deben ser los horrores de un mal que no quiso expiar sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Esos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para librarnos de ellos. Allí es donde vos debieramos estar, y nada consiguiéramos con eso si su amor no le hubiera movido á crucificarse el primero y si él mismo no nos mueve á nosotros á crucificarnos con él.

Olividad en este instante lo que ha hecho por los otros para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que el Salvador es de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otro sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudéis, señor, si vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, si asegurada de la veracidad de su palabra rebo con confianza en su misericordia la absolución que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habíais adquirido por el santo bautismo y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecían incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inextinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como padre, á reconoceros por su hijo y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror como en largo tiempo se apartaron, se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debéis á la inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debéis; y habiendo tenido la desgracia de haberlo sido tanto tiempo ingrato, ¡hacedle mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida! Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoración y de reconocimiento.

Si duda se le debe temer, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benévolo y amable! ¿Qué no se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que lo teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestros corazones con preferencia y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volvemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¡Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religión! Al Verbo divino, á la Sabiduría increada, al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz repudiada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas crueles dolores, lleno de oropagos, que expira en los tormentos, despreciado de los hombres y como desaparecido del Padre.

Y por qué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del cielo y en cuya presencia los ángeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan ajenos de su inocencia? Por aplicar la justa indignación de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte y conducirlos á la eterna vida. ¡Qué inmensa que un Dios se encargase de obtener el perdón de sus in-